



**INFORME SOBRE LA TIERRA:
FUNDAMENTALMENTE INOFENSIVA**
Douglas Adams

Título original: Mostly Harmless
Traducción: Benito Gómez Ibáñez
© 1992 by Douglas Adams and Pan Books, Londres
© 1992 Editorial Anagrama S.A. P. de la Creu 58, Barcelona
Depósito Legal B.34800-1994

A Ron

Con sincero agradecimiento a Sue Freestone y Michael Bywater por su apoyo, ayuda e insultos constructivos.

Todo lo que ocurre, ocurre.

Todo lo que al ocurrir, origina otra cosa, hace que ocurra algo más.

Todo lo que al ocurrir, vuelve a originarse, ocurre de nuevo.

Aunque todo ello no ocurre necesariamente en orden cronológico.

1

La historia de la Galaxia se ha vuelto un poco confusa por una serie de motivos. En parte porque los que intentan seguirle la pista andan un poco perplejos, pero también porque de todos modos han ocurrido cosas muy desconcertantes.

Una de las complicaciones se refiere a la velocidad de la luz y a los consiguientes obstáculos para rebasarla. Es imposible. Nada viaja más deprisa que la velocidad de la luz con la posible excepción de las malas noticias, que obedecen a sus propias leyes particulares. Los habitantes de Hingefreel, de Arkintoofle Menor, trataron de construir naves impulsadas por malas noticias, pero no les salió muy bien y, cuando llegaban a algún sitio donde realmente no tenían nada que hacer, solían dispensarles un recibimiento de lo más desagradable.

De manera que, en general, los pueblos de la Galaxia acabaron empantanados en sus propias confusiones locales y, durante mucho tiempo, la historia de la Galaxia tuvo un carácter marcadamente cosmológico.

Ello no quiere decir que no fuesen emprendedores. Intentaron enviar naves a lugares remotos, con fines guerreros o comerciales, pero normalmente tardaban miles de años en llegar. Y cuando finalmente alcanzaban su destino, ya se habían descubierto otros medios de viajar que sorteaban la velocidad de la luz a través del hiperespacio, de modo que las batallas a las que habían enviado las flotas menos veloces que la luz ya estaban dirimidas desde hacía siglos.

Eso no impedía, desde luego, que sus tripulaciones quisieran librarlas a toda costa. Estaban entrenadas y dispuestas, habían dormido un par de milenios, venían desde muy lejos a cumplir una dura misión, y por Zarquon que la cumplirían.

Entonces fue cuando se produjeron las primeras confusiones importantes de la historia de la Galaxia, con guerras que volvían a estallar siglos después de que las cuestiones por las que al parecer se habían suscitado ya estuvieran arregladas. No obstante, tales confusiones no eran nada comparadas con las que los esforzados historiadores tenían que resolver una vez descubiertos los viajes a través del tiempo, cuando empezaron a pre-estallar guerras cientos de años antes de que se produjeran siquiera los contenciosos. Cuando apareció la Propulsión de la Improbabilidad Infinita y planetas enteros empezaron inesperadamente a volverse completamente majaras, la gran Facultad de Historia de la Universidad de Maximégalon acabó por tirar la toalla, cerrando sus puertas y cediendo sus edificios a la Facultad conjunta de Teología y Waterpolo, que experimentaba un rápido crecimiento y desde hacía años andaba tras ellos.

Eso está muy bien, desde luego, pero casi con toda seguridad significa que nadie sabrá exactamente, por ejemplo, de dónde procedían los grebulones ni qué pretendían. Y es una pena, porque si nadie hubiera sabido nada de ellos es posible que se hubiera evitado una catástrofe de lo más terrible; o al menos hubiera ocurrido de un modo diferente.

Clic, hum.

La enorme nave gris de reconocimiento de los grebulones viajaba en silencio por el negro vacío. Iba a una velocidad fabulosa, de vértigo, pero frente al destellante marco de billones de estrellas remotas parecía no moverse en absoluto. No era más que una mota oscura, fija sobre una noche infinita de brillantes granulaciones.

A bordo de la nave, todo seguía como desde hacía milenios: profundamente oscuro y silencioso.

Clic, hum.

Bueno, casi todo.

Clic, clic, hum.

Clic, hum, clic, hum, clic, hum.

Clic, clic, clic, clic, clic, hum.

Hummm.

Un programa de control de nivel bajo despertó a un programa de control de nivel ligeramente superior en las profundidades del semisoñoliento cibercerebro de la nave y le informó de que siempre que emitía un clic lo único que recibía era un hum.

El programa de control de nivel superior preguntó qué tenía que recibir, y el programa de control de nivel bajo contestó que no lo recordaba exactamente, pero probablemente una especie de suspiro lejano y satisfecho, ¿no? Ignoraba qué era ese hum. Clic, hum, clic, hum. Eso era lo único que recibía.

El programa de control de nivel superior consideró la respuesta y no le gustó. Preguntó al programa de control bajo qué era lo que estaba supervisando, y el programa de control de nivel bajo contestó que tampoco se acordaba, sólo que era algo que debía hacer clic y suspirar cada diez años o así, lo que normalmente ocurría sin falta. Había intentado consultar su tabla de comprobación de errores pero no la encontró, por lo que comunicó el problema al programa de control de nivel superior.

El programa de control de nivel superior fue a consultar una de sus tablas de comprobación de errores para averiguar qué debía supervisar el programa de control de nivel bajo.

No la encontró.

Qué raro.

Volvió a mirar. Sólo recibió un mensaje de error. Intentó comprobar el mensaje de error en su tabla de comprobación de mensajes de error pero tampoco la encontró. Volvió a repetir la operación, dejando pasar unos nanosegundos. Luego despertó a su control funcional de sector.

El control funcional de sector detectó problemas evidentes. Llamó a su agente supervisor, que también tropezó con dificultades. Al cabo de unas cuantas millonésimas de segundo, circuitos virtuales que habían estado inactivos, unos durante años, otros siglos, empezaron a dar señales de vida por toda la nave. En alguna parte había algo que iba horriblemente mal, pero ninguno de los programas de control sabía de qué se trataba. En todos los niveles faltaban las instrucciones fundamentales, pero las directrices sobre qué hacer en caso de descubrir que faltaran instrucciones fundamentales también faltaban.

Pequeños módulos de soporte magnético -agentes- aparecieron en todas las pistas lógicas, agrupándose, celebrando consultas, volviendo a agruparse. Rápidamente establecieron que toda la memoria de la nave, hasta el mismo módulo de misión central, estaba hecha un pingajo. Por muchas indagaciones que se hicieron, no pudo determinarse lo que había sucedido. Incluso el módulo de misión central parecía averiado.

Lo que hizo que el problema pudiera abordarse de la forma más sencilla: cambiando el módulo de misión central. Había otro, una copia de seguridad, duplicado exacto del original. Debía sustituirse físicamente porque, por motivos de seguridad, no podía realizarse interconexión alguna entre el original y la copia. Una vez sustituido, el módulo de misión central se encargaría de supervisar la reconstrucción del resto del sistema hasta el último detalle, y todo marcharía bien.

Los robots recibieron órdenes de sacar de la cámara acorazada, donde se guardaba, la copia de seguridad del módulo de misión central para instalarla en la cámara lógica de la nave.

Ello supuso un largo intercambio de códigos y protocolos de emergencia mientras los robots interrogaban a los agentes sobre la autenticidad de las instrucciones. Los robots quedaron al fin satisfechos, todos los procedimientos eran correctos. Desembalaron el módulo de misión central, lo sacaron de la cámara de almacenamiento, se cayeron de la nave y se precipitaron vertiginosamente en el vacío.

Lo que dio la primera pista importante de lo que andaba mal.

Nuevas investigaciones dejaron pronto aclarado lo que había sucedido. Un meteorito había chocado con la nave, produciendo un enorme agujero. La nave

no lo había detectado antes porque el meteorito se estrelló precisamente en la parte que contenía el equipo de proceso de datos que debía detectar si algún meteorito entraba en colisión con la nave.

Lo primero que había que hacer era tratar de cerrar el agujero. Resultó imposible, porque los sensores de la nave fueron incapaces de localizarlo y los controles que debían indicar cualquier fallo en los sensores no funcionaban como era debido y repetían que los sensores marchaban perfectamente. La nave sólo podía deducir la existencia de una cavidad por el hecho evidente de que los robots se habían caído por un agujero, llevándose con ellos el cerebro de repuesto que hubiera permitido detectarlo.

La nave trató de pensar lógicamente, fracasó y se quedó un rato completamente en blanco. No se dio cuenta de que se había quedado en blanco, claro está, porque se había quedado en blanco. Sólo se sorprendió al ver brincar las estrellas. Al tercer salto de estrellas, la nave comprendió al fin que debía haberse quedado en blanco, y que ya era hora de tomar alguna decisión seria.

Se tranquilizó.

Entonces se dio cuenta de que aún no había tomado ninguna decisión seria y le entró pánico. Volvió a quedarse en blanco otro rato. Cuando volvió a activarse, cerró todos los mamparos en torno a la zona donde suponía que estaba el agujero.

Evidentemente aún no había llegado a su destino, pensó con vacilación, pero como ya no tenía la menor idea del sitio adonde se dirigía ni de cómo llegar, le pareció que no tenía mucho sentido seguir. Consultó los pocos fragmentos de instrucciones que pudo reconstruir del pingajo de su módulo de misión central.

- Su misión anual es aterrizar a distancia prudencial y vigilar

Lo demás era una auténtica basura.

Antes de quedarse en blanco permanentemente, la nave debía transmitir dichas instrucciones, tal como estaban, a sus sistemas auxiliares más primitivos.

Además, tenía que revivir a toda la tripulación.

Había otro problema. Mientras la tripulación estaba en hibernación, la mente de todos sus miembros, sus recuerdos, identidades y comprensión de lo que habían ido a hacer, se había trasladado al módulo de misión central de la nave para que todo ello se mantuviera en las debidas condiciones de seguridad. Los miembros de la tripulación no iban a tener la menor idea de quiénes eran ni de qué estaban haciendo allí. Vaya, hombre.

Poco antes de quedarse definitivamente en blanco, la nave se percató de que los motores también estaban cediendo.

La nave y su revivida y confusa tripulación siguieron navegando bajo el control de los sistemas automáticos auxiliares, que simplemente tendían a aterrizar siempre que encontraban tierra y a vigilar todo lo que estuviese a su alcance.

En cuanto a lo de encontrar algún sitio donde aterrizar, no se les dio muy bien. El planeta que encontraron era frío, desolado, tan dolorosamente lejos del sol que debía calentarlo que, para hacerlo parcialmente habitable, fueron necesarios todos los mecanismos Ambient-O-Forma y los sistemas Sustent-O-Vida de que disponían. En las proximidades había planetas mejores, pero como el Estrateg-O-Mat estaba en modo Latente se decidieron por el planeta más lejano y discreto y, además, nadie podía oponerse salvo el Primer Oficial Estratégico de a bordo. Como en la nave todo el mundo había perdido la cabeza, nadie sabía quién era el Primer Oficial Estratégico ni, en caso de que hubieran podido identificarlo, cómo debía proceder para oponerse al Estrateg-O-Mat de la nave.

Pero en cuanto a lo de encontrar algo que vigilar, dieron con una verdadera mina.

2

Una de las cosas extraordinarias de la vida es la clase de sitios donde está dispuesta a prosperar. En cualquier lugar donde pueda encontrar cierta especie de asidero. Ya sea en los embriagadores mares de Santriginus V, donde parece que a los peces les importa un bledo saber en qué dirección nadan, o en las tormentas de fuego de Frastra, donde, según dicen, la vida empieza a los 40.000 grados, o bien ahondando en el intestino delgado de una rata simplemente por puro placer, la vida siempre encuentra un medio de aferrarse a alguna parte.

Y existirá vida incluso en Nueva York, aunque es difícil saber por qué. En invierno la temperatura cae bastante por debajo del mínimo legal o, mejor dicho, así sería si alguien tuviera el sentido común de establecer un mínimo legal. La última vez que elaboraron una lista de las cien cualidades más destacadas del carácter de los neoyorquinos, el sentido común ocupaba el puesto setenta y nueve.

En verano hace demasiado calor. Una cosa es pertenecer a una forma de vida que prospera con el calor y considera, como los frastrianos, que una

fluctuación entre 40.000 y 40.004 representa una temperatura estable, y otra muy distinta ser la especie de animal que tiene que envolverse en montones de otros animales en un punto de su órbita planetario, para luego encontrarse, media órbita después, con que la piel se le está llenando de ampollas.

La primavera está sobrevalorada. Muchos habitantes de Nueva York parlotean exageradamente sobre los placeres de la primavera, pero si conocieran realmente los mínimos placeres de esa estación sabrían por lo menos de cinco mil novecientos ochenta y tres sitios mejores que Nueva York para pasar la primavera, y sólo en la misma latitud.

El otoño, sin embargo, es lo peor. Pocas cosas son peores que el otoño en Nueva York. Algunas de las formas de vida que habitan en los intestinos delgados de las ratas no estarían de acuerdo, pero como en cualquier caso la mayoría de las cosas que viven en el intestino delgado de las ratas son desagradables, su opinión puede y debe descontarse. En otoño, en Nueva York el aire huele a fritanga de cabra, y si se es muy aficionado a respirar, lo mejor es abrir una ventana y meter la cabeza dentro de un edificio.

A Tricia McMillan le encantaba Nueva York. No dejaba de repetírselo. La parte alta del West Side. Sí. El centro. Vaya, menudas tiendas. Soho. East Village. Ropa. Libros. Sushi. Comida italiana. Comestibles finos. ¡Ah!

Cine. ¡Ah!, otra vez. Tricia acababa de ver la última película de Woody Allen, que trataba de la angustia de ser neurótico en Nueva York. Ya había hecho un par de ellas que exploraban el mismo tema y Tricia se preguntaba si alguna vez se le había ocurrido marcharse a vivir a otro sitio, pero le dijeron que era totalmente contrario a la idea. Así que, más películas, pensó ella.

A Tricia le encantaba Nueva York porque el hecho de que a uno le gustara esa ciudad suponía una buena oportunidad de ascenso profesional. Buena oportunidad para comprar y comer bien, no tan buena para coger un taxi ni disfrutar de aceras de gran calidad, pero indudablemente era una buena baza profesional que se contaba entre las mejores y de primer orden. Tricia era un personaje central de la televisión, una presentadora, y Nueva York era donde se centraba la mayor parte de la televisión mundial. Hasta entonces, Tricia había desarrollado su actividad de presentadora principalmente en Gran Bretaña: noticias regionales, luego el telediario del desayuno y después el primero de la noche. Si el lenguaje lo permitiera podría habérsela denominado un personaje central en rápida ascensión, pero..., bueno, hablamos de televisión, así que no importa. Era un personaje en rápida ascensión. Tenía lo necesario: una cabellera espléndida, profundo conocimiento estratégico del jarabe de pico, inteligencia para comprender el mundo y una leve y secreta indiferencia interior que revelaba un total desapego. A todo el mundo le llega el momento de la gran oportunidad de su vida. Si se deja perder la que de verdad interesa, todo lo demás resulta misteriosamente fácil.

Tricia sólo había perdido una oportunidad. Por entonces, al pensar en ello ya no se ponía a temblar tanto como antes. Suponía que esa pequeña parte de ella era lo que se había apagado.

La NBS necesitaba una nueva presentadora. Mo Minetti iba a tener un hijo y dejaba el programa matinal USIAM. Le habían ofrecido una cantidad de dinero capaz de volver tarumba a cualquiera para que diese a luz durante el programa pero, contra todo pronóstico, se negó por motivos de buen gusto e intimidad personal. Equipos de abogados de la NBS pasaron su contrato por un tamiz para ver si dichos motivos eran legítimos, pero al final, de mala gana, tuvieron que dejarla marchar. Eso les resultó especialmente mortificante, porque «dejar marchar a alguien de mala gana» era una expresión que fácilmente podían aplicarles a ellos.

Se decía que, a lo mejor, quizá no viniera mal un acento inglés. El pelo, el tono de piel y la ortodoncia tenían que estar a la altura de una cadena de televisión norteamericana, pero había un montón de acentos británicos dando gracias a sus madres por los Oscar o cantando en Broadway, y cierto público insólitamente numeroso prendido de acentos británicos con peluca en el Masterpiece Theatre. Acentos británicos contaban chistes sobre David Letterman y Jay Leno. Nadie entendía los chistes pero todos respondían muy bien al acento, así que, a lo mejor, quizá fuese el momento. Un acento británico en USIAM. Bueno, venga.

Por eso estaba allí Tricia. Por eso el hecho de que le encantase Nueva York era una espléndida oportunidad profesional.

Ésa no era, desde luego, la razón oficial. Su emisora de televisión en el Reino Unido no se habría hecho cargo del billete de avión ni de la factura del hotel para que ella fuese a buscar trabajo a Manhattan. Y como quería un salario diez veces superior al que ahora recibía, quizá hubiesen considerado que era ella quien debía correr con sus propios gastos. Pero Tricia inventó una historia, encontró un pretexto, tuvo muy callado todo lo demás y la emisora se hizo cargo del viaje. Billeto de clase turista, claro está, pero era una cara conocida y, sonriendo, logró un asiento en preferente. Las gestiones adecuadas le consiguieron una estupenda habitación en el Brentwood y allí estaba, pensando qué debía hacer a continuación.

Una cosa eran los rumores y otra establecer contacto. Tenía un par de nombres, un par de números, pero la hicieron esperar indefinidamente un par de veces y ya estaba de nuevo en el punto de partida. Hizo sondeos, dejó recados, pero hasta el momento no había recibido contestación. El trabajo que había venido a hacer lo despachó en una mañana; el trabajo imaginario que buscaba sólo brillaba tentadoramente en un horizonte inalcanzable.

Mierda.

Tomó un taxi a la salida del cine para volver al Brentwood. El taxi no pudo arrimarse a la acera porque una enorme limusina ocupaba todo el espacio disponible y Tricia tuvo que apretarse contra ella para pasar. Dejó atrás el aire fétido a cabra frita y entró en el vestíbulo, fresco y agradable. El fino algodón de la blusa se le pegaba como mugre a la piel. Tenía el pelo como si lo hubiera comprado en una verbena pegado a un palito. En recepción preguntó si tenía

algún recado, con la sombría impresión de que no habría ninguno. Pero sí había.

Vaya...

Bien.

Había dado resultado. Tenía que haber ido al cine sólo para que sonara el teléfono. No podía quedarse sentada en la habitación de un hotel, esperando.

Se preguntó si debía abrir el recado allí mismo. Le picaba la ropa y ansiaba quitársela y tumbarse en la cama. Había puesto el aire acondicionado en la posición más baja de temperatura y en la más alta de ventilador. En aquel momento, lo que más le apetecía en el mundo era tener carne de gallina. Una ducha caliente, luego una ducha fría y después tumbarse sobre una toalla de nuevo en la cama, para secarse con el aire acondicionado. Luego leería el recado. Quizá más piel de gallina. A lo mejor, toda clase de cosas.

No. Su mayor deseo era un trabajo en la televisión norteamericana con un sueldo diez veces superior al que ahora tenía. Lo que más deseaba en el mundo ya no era una cuestión vital.

Se sentó en una butaca del vestíbulo, bajo una kenticia, y abrió el sobre con ventana de celofán.

«Llama, por favor», decía el recado. «No estoy satisfecha» y daba un número. El nombre era Gail Andrews.

Gail Andrews.

No era el nombre que esperaba. La cogió desprevenida. Lo reconoció, pero de momento no supo por qué. ¿Era la secretaria de Andy Martin? ¿La ayudante de Hilary Bass? Martin y Bass eran las dos Llamadas de contacto principales que había hecho, o intentado hacer, a la NBS. ¿Y qué significaba aquello de «No estoy satisfecha»?

¿«No estoy satisfecha»?

Estaba absolutamente perpleja. ¿Era Woody Allen, que trataba de ponerse en contacto con ella con un nombre supuesto? El número llevaba el prefijo 212. Así que era una mujer que vivía en Nueva York. Y no estaba satisfecha. Bueno, eso reducía un poco las posibilidades, ¿no?

Volvió a dirigirse al recepcionista.

- No entiendo este recado que acaba de entregarme - le dijo -. Una persona que no conozco ha intentado llamarme y asegura que no está satisfecha.

El recepcionista examinó la nota con el ceño fruncido.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

